

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

Reg 941
BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

AÑO III.—NÚM. 49.

ADMINISTRACION:
SAN OPROPIO, 7.—MADRID

1.º de Julio 1900

SUMARIO

SOCIOLOGIA: *La evolución de la Filosofía en España*, por Federico Urales.—*El anarquismo y la mujer*, por Soledad Gustavo.—*La anarquía: su fin y sus medios*, por Juan Grave.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Dr. Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Crónica artística*, por Pedro Corominas.—*Marido y mujer*, novela, por León Tolstói.
SECCION LIBRE: *Meditado*, por Sebastián Suñé.—*Para nosotros*, por A. López Rodrigo.
TRIBUNA DEL OBRERO: *Lo que debe ser el trabajo de la mujer y de los niños*, por Vicente Daza.—*El progreso*, por Victoriano Brizuela.

SOCIOLOGIA

LA EVOLUCION DE LA FILOSOFIA EN ESPAÑA

HISTORIA DE ESTE LIBRO

Mi amigo A. Hamon, director de *L'Humanité Nouvelle*, de París, me escribió un día diciéndome: «Haga usted un artículo sobre la evolución de la filosofía española y la influencia que en ella ejerce la extranjera.»

Me gustó la idea, y á los pocos días varios pensadores y escritores españoles recibían una carta concebida en estos ó parecidos términos:

«Sr. D. . .

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Para aprovechar su respuesta de usted en un artículo que pienso escribir sobre la evolución de la filosofía en España, me tomo la libertad de preguntarle qué autores nacionales ó extranjeros han influido más en su inteligencia de usted y á qué atribuye usted esta influencia. Su afectísimo servidor, etc.»

De los preguntados sólo dos dejaron de contestar: Nicolás Salmerón y Alonso y Leopoldo Alas (*Clarín*). Del primero supe, después, que había estado enfermo, y del segundo sospeché, entonces, que no quería acceder á mi súplica, disgustado aún de la polémica que ambos habíamos sostenido poco antes.

Confieso que no pude explicarme este encono de *Clarín* y que formulé de nuevo la pregunta pasado el tiempo necesario para ser contestada.

En lugar del señor Alas el autor de estas líneas, hubiera obrado de modo muy distinto. No censuro por eso al catedrático de Oviedo. Pocas veces olvido que obramos como podemos y no como queremos. Son más poderosas las leyes orgánicas que las máximas cristianas, de las cuales se muestra tan enamorado *Clarín*, particularmente de aquellas que dicen: perdonad las ofensas. Yo pude olvidarme de las que *Clarín* me prodigó y él no puede olvidar las que yo le inferí.

No hemos de buscar la causa de estos dos efectos distintos en la moral ni en la religión, puesto que *Clarín* es un entusiasta defensor del misticismo cristiano y yo no tengo religión ni moral siquiera; la causa es puramente material: se halla en la célula de cada uno.

Contestaron á mis preguntas, por el orden en que los menciono, Miguel de Unamuno, Pedro Dorado, Ricardo Mella, Pompeyo Gener, Francisco Giner, Gumersindo Azcárate, U. González Serrano, Anselmo Lorenzo, Pedro Corominas y Fernando Tarrida.

No escribí á ningún pensador neo, porque, á pesar de que abundan mucho en España, no conozco á ninguno, y la falta de relación intelectual me impidió que interrogara á personas que, por sus méritos, lo merecían.

En mi poder las contestaciones de los señores y amigos citados, empecé á tomar apuntes. Me proponía concretarme al siglo presente, estudiando las ideas de Santo Tomás, Krause y Proudhon, por lo que habían influído en Balmes, Sanz del Río y Pí y Margall, representantes respectivamente de la filosofía religiosa de la propiamente llamada filosofía, y de la que pudiéramos llamar, ó que yo llamo sin poder, filosofía política, las cuales constituyen, á mi entender, las partes en que se divide la filosofía, y forman, en sus representantes, la evolución de que se trata.

Estudiando á Santo Tomás, Krause y Proudhon me hallé con otra influencia filosófica que no pude dejar de seguir y que, seguida, me fué imposible desatender. Así, de influencia en influencia, de estudio en estudio, de origen en origen, híceme con tantas y tan importantes notas que ni cabían en un artículo ni era de cuerdos rasgar las cuartillas que las contenían; determinando para aprovecharlas, escribir un libro con el título indicado por el director de *L'Humanité Nouvelle*.

«A Hamon—me dije—le enviaré el capítulo que trate de la evolución filosófica en el presente siglo, en el cual pienso narrar el origen y desenvolvimiento de la sociología y la orientación artística social que los individualistas le dan actualmente. Si el director de *L'Humanité Nouvelle* acepta mi trabajo, bien, y si no lo acepta, tan amigos como antes.»

«Tengo empeño—seguí pensando—en que este capítulo sea el más completo é interesante de mi libro, tanto porque se refiere á nuestros días, cuanto porque considero que en ellos se ha verificado la transición de la filosofía á la sociología como en el siglo v se verificó la de la metafísica á la filosofía.»

Con estos propósitos se comprenderá que al coger la pluma para escribir el presente libro, no pretendí hacer una obra de erudición filosófica, sino más bien una exposición de ideas propias, en cuanto esto es posible en un estudio de las ajenas.

También puede suponerse, dadas las inclinaciones del autor hacia la sociología, que sus mayores cuidados habían de emplearse hablando de la influencia que en España tuvo Proudhon por medio del Sr. Pí y Margall, de quien han sido discípulos la mayoría de los pensadores anarquistas españoles, según se desprende de las contestaciones que á mi carta dieron.

Por todo lo cual, á cualquiera se le ocurrirá, que la evolución de la filosofía que yo haya podido trazar, ha de ser superficial, principalmente considerando que estimo de más interés é importancia para los tiempos que corren la evolución de la sociología, última fase del pensamiento humano, en mi concepto, que la evolución de la filosofía propiamente dicha.

*
* *

Busqué el origen de la filosofía española para presentarla á mis lectores tal como ella fuese el día que la encontrara, y pòler decir: Ya existe una filosofía de la tierra; ya puedo, sin moverme de España, ni de sus autores, seguir una evolución intelectual.

La filosofía se metió aquí tan compleja y plagada de herejías con los discípulos de San Agustín, que, al dejar á San Isidoro, me encontré de nuevo sin filosofía: los *universales* la mataron. Bien procuré encontrarla otra vez siguiendo la dirección que habían tomado los para mí impropriamente llamados *primeros escolásticos*, pero no pude conseguirlo. Entonces me volví á Cartago, á Alejandría y á Damasco.

En Cartago encontré á Abkendi, un filósofo matemático y médico que escribió mucho y que puso en la filosofía su parte de ciencias naturales. Esto me gustó. En Damasco trabé amistad con Alfarabí, un filósofo árabe, excelente hablador y aferrado á la idea de meter las matemáticas dentro de la filosofía. Tampoco me disgustó Alfarabí.

Continué mis excursiones por Oriente hasta encontrarme con Avicena, también médico árabe, pero más metido que los otros en infundios filosóficos. Avicena me llevó de la mano á casa de Avempace. Este, aunque mahometano, ya tuvo la mala fortuna de nacer en España. Avicena conocía el paño. Aquella era otra filosofía. Tofail Averroes... buena gente. Gebirol, Leví, Maimonades... bravos mozos. Andando: Ramón Lull, Ramón Sabunde... adelante; pero cuidado con el misticismo, asesino, como la escolástica, de la filosofía verdadera. León Hebreo, Luis Vives... y perdí otra vez el hilo de la evolución filosófica: se había roto en el punto donde convergen la escolástica, la mística y la filosofía más ó menos pura, degenerada á partir de Sabunde.

¿Dónde ir ahora por una filosofía española? Me vi obligado á salir de España de nuevo.

Fuera ya, encontré á Bacon, al gran Bacon y á todos los pensadores de la revolución filosófica dando vida á la filosofía que había muerto en España perseguida por la inquisición: á la filosofía naturalista de Sabunde.

Mis propósitos obligáronme á entrar otra vez á España, haciéndolo triste y abatido por lo que había visto en el extranjero y por lo que veía *en mi patria*. En adelante, de intolerancia, de fanatismo y de luchas intestinas se compondrá la filosofía española. La escolástica, en forma de tribunal del Santo Oficio, no sólo combate la reforma religiosa y la revolución filosófica, combate, además, la filosofía mística y los pensadores religiosos que no someten su criterio al de la orden que monopoliza el poder de los reyes y de los papas.

La filosofía española, ó lo que por aquel tiempo se llamaba así, es lodo; pero no hay otro remedio: ó se convierte uno en cerdo para poder escudriñar en el fango, ó es menester decir: para el pensamiento español no hay siglos XVI, XVII y XVIII.

¿Los Fray Luises? Hablan muy bien, pero eso no es filosofía. ¿Neremberg, Valencia, Toscana, Nájera, Losada?... Si la filosofía fuese el arte de hallar recursos para poder discurrir horas, días y años sobre las más inverosímiles cuestiones, maestros en filosofía serían.

En España no hay filosofía de Luis Vives hasta Sanz del Río, y Luis Vives fué lo menos español posible y Sanz del Río no hizo más que traer á España y aclimatar en ella las ideas filosóficas de Krause.

El filósofo alemán abusa en exceso del intelectualismo. Todo lo discute por intuición y hasta lo que para poder ser tratado necesita de la metafísica, halló en Krause un defensor. Se pretende explicar lo que no se sabe ni se conoce y se explica sin tener en cuenta las cosas reales y positivas. Son demasiado prosaicas para la filosofía alemana.

Por eso Krause se modifica en sus discípulos españoles y se modifica en sentido positivista, particularmente en Salmerón y en su discípulo U. González Serrano, quienes ceden ante la influencia francesa iniciada por Comte.

Proudhon entra en la Península presentado por Pí y Margall. Este no se atreve á llamar robo á la propiedad, pero dice que hasta la república es tiranía. Se allana el terreno para la venida del socialismo, no como idea de estudio, sino como idea de combate; no como doctrina de secta, sino como aspiración humana.

Y entraron las ideas y los hombres que el lector verá en el libro. No quiero llegar, haciendo su historia, hasta donde él llega.

Ignoro si al escribir *La evolución de la filosofía en España* me he dejado guiar por prejuicios de escuela en contra de determinadas ideas; al objeto de que de antemano no lo sospechen mis lectores, declaro que entre las obras españolas que he leído y consultado se encuentran *Historia de las ideas estéticas* y *La ciencia española*, por Menéndez Pelayo, é *Historia de la filosofía española*, por Fray Ceferino González.

He sentido verdadero cariño y respeto por las ideas adversarias de las mías y si *La evolución de la filosofía en España*, no pudiese ser tenida como modelo de imparcialidad y de inteligencia, cúlpese á mis pocos alcances, no á mis malos propósitos.

Buena ó mala la obra, he creído justo que los lectores de LA REVISTA BLANCA, á quienes debo tantos favores y á cuya publicación he quitado el tiempo invertido en escribirla, fuesen los primeros que la conocieran.

Tómese el contenido de este libro como buena voluntad y gratitud, y tómese así aun aquello que pudiese ser tomado como mérito, si algo hubiese.

FEDERICO URALES.

EL ANARQUISMO Y LA MUJER

Con este epígrafe publicó *El Mercantil de Aragón*, el 15 del próximo pasado Junio, un artículo con la firma de doña Josefina Pujol de Collado.

En este escrito demuestra su autora que sólo conoce al anarquismo por lo que han dicho de él sus enemigos, no por un estudio profundo de la evolución de las ideas, ni por un análisis de las deficiencias que existen en el funcionamiento del organismo social.

Conceptúo como una obligación que me impone la bondad de mis ideas y la rectitud de mi conciencia desvanecer las sombras terroríficas que ha debido petrificar en su cerebro la prensa llamada de información, y que en cuestiones de transcendencia informa deficientemente las más de las veces, produciendo en las inteligencias entregadas á la lectura de la labor cotidiana del periodista, que, como dijo Balzac, es una labor que se asemeja á los carniceros que matan por la noche para comer á la mañana siguiente con lo que han matado, una especie de atmósfera ficticia, insana, que ni inicia al cerebro en los complicados problemas de la vida, ni menos despierta el amor al estudio.

Cuando una infinidad de pensadores modernos consideran que el ideal anarquista está basado en la historia y en la filosofía, viene la señora de Collado á decirnos que no es otra cosa que la bomba de Ravachol, el puñal de Caserio... ó los dioses infernales de los tiempos de Grecia y Roma, que purificaban las almas con diversos procedimientos.

Sócrates decía que «el más sabio de todos era el que reconocía que su sabiduría era una mentira». Si la señora Pujol está identificada con la sentencia de Sócrates, nada tendré que objetar, puesto que el trabajo *El anarquismo y la mujer* estará escrito al correr de la pluma, pero con miras morales que reconozco sinceramente; y á ser verdad que los fines que persigue el anarquismo son los que ella cree, sería el suyo un trabajo meritorio.

Para mejor inteligencia del que leyere, copiaré los trozos del artículo que considero más interesantes, y así el lector podrá juzgar en conciencia.

Dice la señora de Collado:

«Las leyes más rudimentarias del orden, la seguridad personal y colectiva, el lógico deseo de poner á cubierto, así á los individuos como á los pueblos, de criminales atentados que sólo pueden germinar en cerebros donde se haya extinguido toda idea de lo noble y de lo justo, imponen cada día con mayor fuerza la necesidad de oponer dique de convencible resistencia, al impetuoso torrente, que amenaza arrollarnos sin piedad. Y nadie, pocos por lo menos, han pensado en interesar á la mujer, á fin de que sea ella quien apacigüe las pasiones turbulentas, las ideas destructoras que se amparan de alucinados cerebros. Consideramos necesarias, eficaces, las leyes acordadas por los Estados para combatir al anarquismo; pero creemos también que quizás más, mucho más que todas ellas reunidas, puede lograr la mujer, contrabalanceando desde el seno del hogar, las absurdas utopías, que se apropien el padre, el marido, el hermano, el hijo, en esos círculos de propaganda tenaz, donde sin cesar conspira el que no posee nada, contra el capital, si en el fondo de su alma anidan la bondad y la resignación, que induce á todos los seres honrados á consolarse y á aceptar su suerte, siquiera ésta no sea de las más envidiables.»

En otro párrafo añade:

«El objeto que persigue el anarquismo, que es destruirlo todo, para sobre las rui-

nas de lo actual fundar sociedades nuevas con bases diferentes, amenaza por igual á la familia y á la mujer. Cuando los lazos santos del hogar se aflojen, la mujer no será la madre augusta, la esposa adorable, sino la materia destinada á satisfacer las torpes pasiones del hombre. Desde el momento que esto suceda, el amor se convertirá en instinto, porque sobre la sangre y la destrucción no levanta nunca su plácido vuelo el genio de los amores, y la mirada de la mujer no revelará al alma mundos de dicha cuando las conciencias estremecidas de horror ó ebrias de venganza, destruidos todos los frenos, se lancen allí donde las empujen desatentadas ambiciones.»

Después de hablar de la saludable influencia que puede ejercer la mujer en el alma del hombre siendo dulce, amorosa y que posea el don hermoso de la resignación para aceptar su suerte sin culpar á la Providencia de desigualdades del destino, á las que en vano buscan satisfactoria explicación los humanos; después de decir que la faz desconsoladora que en ocasiones ofrece la familia pobre, mal avenida con su suerte, se descubren materiales que sirven de poderoso estímulo al desarrollo del anarquismo; que á la inteligencia audaz y emprendedora del hombre, deslumbran y extravían ciertas predicaciones de igualdad, alimento de esperanzas insensatas para una parte de las sociedades modernas, etc., etc., etc., concluye con el siguiente párrafo que merece mi especial predilección:

«Ya saben, por lo tanto, las mujeres modernas de qué armas disponen y cómo pueden combatir al par de las leyes y con mayor fortuna, al anarquismo, hijo del descontento profundo que reina en las sociedades actuales. De las mujeres afiliadas al anarquismo no hablamos; nos complacemos en creer que serán pocas, y en tal concepto, las consideramos una excepción, una rareza del sexo. Desengañémonos, la tea de la destrucción no puede empuñarla la mujer, con sólo pensar que en la general ruina amalgama la de todos sus afectos. A duras penas podemos concebir en el hombre extravíos semejantes; la dulce sacerdotisa del amor viene al mundo con otra misión, más hermosa que la de destruir, viene á calificar por inedio de la ternura, amparándose en la bondad que todo lo ilumina, y en la resignación que suaviza las tristes asperezas de la suerte y las desigualdades amargas del destino, nacidas sin duda para poner á ruda prueba el temple de ciertas almas.»

Desconfiaría de convencer á la señora Pujol de que es muy distinto el porvenir que nos describe con tan sombríos colores y del error que sufre al considerar que en la sociedad actual es donde únicamente existen los lazos del amor, la santidad del hogar, el respeto á la mujer, si no creyera en la bondad humana, que al fin se levanta por encima de todas las preocupaciones y de todos los prejuicios forjados por los eternos enemigos de la humanidad, que hacen una continua guerra sorda, disimulada, implacable al pensamiento un día religioso, ayer político, hoy social.

Es imposible que una señora de la inteligencia y los bondadosos sentimientos de doña Josefina Pujol de Collado acepte sin protesta el modo de ser de las sociedades que nos han precedido y que desgraciadamente aún subsisten, las cuales, amparándose en una religión todo amor, han despertado los más grandes odios; propagando la igualdad social, doctrina de Cristo, han establecido como ley la esclavitud y la servidumbre; llamándose todos hijos de un padre común han provocado guerras fratricidas exterminándose unos á otros.

Que el vulgo ignorante y hasta estúpido siga la corriente, se comprende; no se comprende que las personas estudiosas sean ciegas ante la verdad.

Los anarquistas precisamente son los que, ansiosos de amor humano buscan, dondequiera la suerte les arroja, esa tierra de promisión que nos cuentan los cristianos prometió tantas veces, sin cumplirlo, el Dios bíblico al género humano; los anarquistas son precisamente los que quieren acabar con los robos, asesinatos y crímenes de

todas clases y condiciones que se cometen entre el bandidaje á que se vive sujeto en estas sociedades antifraternitarias; los anarquistas son precisamente los que propagan y practican el *amor por la solidaridad*, pues ayudan al menesteroso y consuelan al afligido, cualquiera que sea su raza, su creencia, su clase, y los anarquistas son los únicos que quieren concluir con esos regímenes de violencia que dan razón al fuerte y palo de ciego al débil.

Y porque quieren concluir con todo esto, estorbando el *dolce far niente* en que yacen los favorecidos en el banquete de la vida, se desayunan con sangre, comen niños crudos y cenan dinamita.

En esa lucha social entre las nuevas y las viejas ideas que se disputan el predominio del mundo nada hay de extraordinario ni de fantástico ni de terrible. El paganismo burgués de ahora se desmorona como aconteció en los albores del cristianismo á la sociedad pagana.

El *nova rerum nascitur ordo* que palpitaba como una esperanza en el corazón de los poetas y como faro del porvenir en la mente de los filósofos, palpita hoy entre la humanidad hambrienta de justicia y es la alborada de una nueva era, fecunda en paz y bienestar humano.

El objeto que persigue el anarquismo es destruir la sociedad actual, y sobre sus ruinas fundar otra más equitativa y justa que la presente, donde no haya mujeres que se vendan ni hombres que las compren; donde el amor sea una atracción mutua, y no una conveniencia social; donde la mujer sea lo que verdaderamente debe ser, la compañera, la amiga, la amante del hombre, no su esclava, como sucede en las modernas sociedades, que empiezan las leyes considerándola como *cosa*, y acaban las costumbres desfigurándola del todo.

En las sociedades modernas, la mujer no es la madre augusta ni la esposa adorable, pues, como dijo el Sr. Pi y Margall, «la monogamia está en las leyes, pero reina la poligamia en las costumbres».

Y una sociedad en la cual el antagonismo de los intereses determina el odio entre los individuos, entre las clases, entre las naciones; un odio inmenso, que hace sangrar los corazones sensibles; una injusticia sin límites, que permite al parásito reventar de indigestión al lado del productor, que muere de hambre, es la sociedad alabada por la señora de Collado, es la sociedad cantada por los poetas y por los filósofos, el nuevo Edén, que morirá pletórico de satisfacción. ¡Siempre la verdad desfigurada por los convencionalismos sociales!

Y esa sociedad donde se encumbra al estúpido y se vilipendia al sabio; se lleva á presidio al honrado y se sienta en el trono al criminal, y donde la mujer cándida y amorosa es echada al lupanar y la astuta y viciosa santificada y respetada, es la única sociedad posible, la última etapa de la humanidad, que, como Quevedo, «ni sube, ni baja, ni está quedo».

Lo dijo Gori con genial donaire: «El obrero ideal debería ser el pacífico rumiante, sin sensaciones y sin pensamientos, que se deja tranquilamente y sin protesta trasquilar por el que tuvo la astucia de proveerse de un persuasivo bastón y de un par de tijeras». He ahí al obrero digno de esa sociedad cristiana, libre de «extravíos de ciertas predicaciones de igualdad, alimento de esperanzas insensatas para una parte de las sociedades modernas», como escribe doña Josefina Pujol de Collado.

No me preocupa, para serlo yo, si hay ó no mujeres anarquistas. Considero al ideal ácrata como el único conocido hasta aquí que reivindicará nuestro sexo en particular,

y á la humanidad en general, dándonos los derechos que nos corresponden y volviéndonos al estado del que nos sacó el pecado de Eva, pues, según San Crisóstomo, «antes del pecado, la mujer era igual al hombre».

Ruego á la señora de Collado que, antes de calificar á la mujer anarquista, se entere con imparcialidad de lo que han dicho en contra de la mujer los teólogos y los santos padres de la Iglesia, y luego de la vida de Luisa Michel, una anarquista, convencida de que quedará pasmada y hasta celosa al ver que tanta abnegación, tanta humanidad, tanto sacrificio, tan bellos sentimientos, pertenecen á una enemiga de la sociedad actual, y, en cambio, la injusticia, la venenosa serpiente que desacreditó á la mujer, la asquerosa baba que empañó su virtud y su amor, ha salido de labios de los santos padres, de los teólogos eminentes, de los representantes del ideal cristiano.

SOLEDAD GUSTAVO.

LA ANARQUÍA

SU FIN Y SUS MEDIOS

(Continuación.)

Si nos colocamos en el punto de vista del derecho exclusivo que el individuo tiene de vivir, éste puede expropiar, pues tal es su derecho, si el estado social le obliga negándole trabajo ú otros medios legales de vida. Por nuestra parte, añadimos que resulta estúpido suicidarse cuando la sociedad nos empuja á la más negra miseria; siendo el primero de los derechos el de sostener la vida, el necesitado debe tomar de donde haya.

Pero para que el acto de robar revista un carácter de reivindicación y sea una protesta contra la mala organización social, es preciso que se efectúe abiertamente, sin ningún medio oculto de duplicidad y mentira.

«Es que el individuo que obra abiertamente—dicen los partidarios del robo—, se exime así de la responsabilidad que á su acto alcanza? Perderá, al contrario, su libertad, porque será inmediatamente detenido, juzgado y condenado.»

Estamos de acuerdo; pero obrando con astucia el individuo que expropia, amparándose en el derecho á sublevarse contra lo malo, no hace más ni menos que cualquier ladrón vulgar, que roba para vivir, sin sofisticar defendiendo teorías que le justifiquen. Esto es igual que el obrero que acepta, para vivir, el reglamento del taller en que trabaja; sólo que ni el uno ni el otro, obrando así, tienen la pretensión de hacer propaganda revolucionaria.

Cosas parecidas ocurren con el servicio militar. Hay jóvenes que se niegan á ir al servicio y se marchan al extranjero. Esto demuestra carácter y convicción, y significa enérgica protesta. Pero al lado de éstos están los que, simulando enfermedad, buscando un sustituto ó sirviéndose de una protección eficaz, consiguen no vestir el uniforme militar. Este caso no revela ninguna entereza.

Eximiéndose de la esclavitud militar, hacen muy bien, desde su punto de vista

individual; pero si vinieran á decirnos que, ejerciendo su astucia é interponiendo los buenos oficios de sus influencias, hacían propaganda revolucionaria y contribuían á destruir el régimen, nos sería muy fácil demostrarles que no es cierto, que sólo han trabajado para librarse de lo desagradable del sistema militar burgués.

Para que la negativa á ponerse la librea del bruto revista un carácter de protesta revolucionaria y de propaganda, es preciso que el individuo se oponga claramente, resistiéndose por la fuerza, si es necesario.

Que los defensores del robo lo practiquen sin ampararse en convencionalismos sociales, por emanciparse del yugo de los explotadores, tomando sin rodeos lo que para vivir necesitan y haciéndose al mismo tiempo útiles á la colectividad según su actividad, y convendremos con ellos que el robo puede ser anarquista. Pero en este caso ya no es el robo vulgar, cometido á la sombra con todas las bajezas á él inherentes, sino una protesta enérgica, propia de individuos convencidos y fuertes.

Hasta ahora, que sepamos, no es así como han procedido los ladrones, aunque, para justificar sus actos, se hayan parapetado detrás del ideal anarquista. Hacer uso de la astucia, fingir indignamente para engañar á la víctima que se pretende despojar, es proceder de modo tan bajo y deprimente como el que acepta los rigores del taller.

*
* *

Esta discusión se prolongaría infinitivamente, si los hechos, que son los mejores argumentos, no vinieran de vez en cuando á esclarecer esta cuestión.

Como para la agitación anarquista se necesita dinero, adquirirlo por todos los medios fué el deseo de cuantos desde un principio se metieron en el movimiento. Puede decirse que el espíritu de abnegación y sacrificio no faltó entre los anarquistas. Si alguna vez se hace la historia del movimiento y puede revelarse cómo han vivido las publicaciones anarquistas, cómo se han recogido céntimo á céntimo las cantidades necesarias para la publicación de folletos, proclamas y carteles, nos sorprenderán las pruebas de solidaridad y desinterés que se han dado para su impresión y difusión. Entonces se comprendería la fuerza de convicción de los desheredados.

Y de hecho, el medio más seguro de recoger dinero es el de no contar más que consigo mismo, y saber imponerse algún sacrificio para ayudar á la difusión de las ideas que se tiene la pretensión de sustentar.

Pero la mayor parte de los que entran en el movimiento, empujados, más por el entusiasmo que por la reflexión, animados por el deseo de hacer grandes cosas, desprecian este procedimiento, demasiado lento á su parecer, y no sueñan más que en ampararse de millones y ponerlos inmediatamente á disposición de la propaganda.

Además, y esto es necesario decirlo también, la idea anarquista, concediendo á todo individuo el derecho á satisfacer sus necesidades, ha sido causa de que muchos predicaran el que ni á la idea ni á nadie se debe ningún sacrificio, y que sólo procurando á sí mismos todos los goces y satisfacciones puede el individuo conservar su emancipación. Hasta llegaron algunos á sustentar el criterio de que la propaganda debía sostener á quien la fomentara.

Ya hemos discutido sobre el particular en el *Individuo y la sociedad*; y no hubiéramos hablado aquí de esta cuestión, si el penoso recuerdo de muchos sacrificios estériles y buenos compañeros sacrificados, no hubiese herido nuestra memoria.

La idea del robo halagaba demasiado las pasiones para que no entusiasmara á

ciertos sujetos, á quienes resultaba más agradable vivir de la propaganda, que no contribuir con sus esfuerzos. Y como este modo de proceder es demasiado depresivo para que la convicción dure mucho tiempo, el paso de estos individuos por las ideas ha sido fugaz.

Hubo muchos robos cuyos autores se dijeron anarquistas, y cuyo producto, que nosotros sepamos, no se destinó, ni en parte ni en nada, á la propaganda de las ideas, á menos que no se considere como propaganda algunas proclamas injuriosas con un poco de color anarquista, y publicadas simplemente para satisfacer antipatías y miserias personales, dirigidas más bien contra determinados individuos que contra las instituciones sociales ó sus iniquidades.

Hemos conocido algunos anarquistas que fueron excelentes compañeros cuando entraron en el movimiento, capaces de grandes sacrificios en favor de las ideas, y que, arrastrados por esta vía, con la convicción sincera de que servían á la propaganda, se convirtieron en burgueses de la peor calaña.

La influencia desmoralizadora del dinero, de un lado, y el nuevo género de vida adoptado por los compañeros, de otro, ejercieron una influencia decisiva sobre los que fueron buenos amigos. Y es lógico que así haya sucedido y que así suceda. No puede usarse cotidianamente la mentira y el fraude sin que el carácter se pervierta y el sentido moral se atrofie.

Hemos visto sujetos que, viviendo en las condiciones ordinarias de la existencia, han sido refractarios á las sugerencias del dinero, mientras que, por mi parte, al menos, no he visto jamás ningún ladrón no convertirse en burgués en ciertas situaciones, por su modo de vivir ó de razonar.

*
* *

«Todo comprenderlo, significa es todo perdonarlo»—hay quien dice—; y puesto que los ladrones son producto de la sociedad, ¿por qué odiarlos?

Es verdad; pero los burgueses son también producto de la sociedad: gobernantes, diputados, magistrados y policías, patronos y propietarios, bolsistas y ladrones, estafadores, alcahuetes y asesinos, son también resultado del funcionamiento social; está comprendido y perdonado... Abracémonos.

Sin embargo, no conviene ser tan eligiaco y bañarse en agua de rosas hasta ahogarse.

Ser amigo de todo el mundo, poseer un tesoro de ternura para todos los animales de dos patas y sin plumas, es tener un excelente corazón, pero muy inútil en los momentos de lucha.

Libres son los que, queriendo ser así, se creen una conciencia para hacer de este mundo un pequeño *paraíso de amor*, de abnegación y contemplación, y de dar rienda suelta á todos sus ensueños de sentimientos etéreos; pero que están prevenidos para la decepción. Las cosas de la propaganda son más complejas.

Todos anhelamos una sociedad en la que los conceptos del individuo sean bastante amplios para que todo lo comprenda y lo perdone todo, y en donde los lazos sociales puedan romperse sin violencia y buscarse cada cual ambiente apropiado á su temperamento y sentimientos en amplio campo, donde se pueda pensar y obrar libremente. Pero, por desgracia, no hemos llegado aún á este estado social. Luchamos para realizar este ideal y para salir del estado presente.

En la lucha es preciso desechar la sensiblería inútil, y desconfiar, más que de los enemigos declarados, de los falsos amigos.

Para nosotros, todos los hombres son nuestro hermanos...; pero con la condición, de que no haya más oprimidos ni explotados.

Con esas teorías de no ver en la propaganda más que una justificación del goce por no importa qué medio, llegaríamos en línea recta á la *Commune*, que en los días de paga y distribución llegaban los individuos, relinchando como caballos, á recoger lo que les correspondía, para refugiarse luego en la taberna y emborracharse, mientras que los defensores de la idea se rompían la crisma en las barricadas.

La lucha implica sacrificios, y la realización de nuestro ideal no es posible más que por la lucha. Queremos, pues, saber si los que vienen con nosotros no nos abandonarán en plena batalla porque hayan descubierto el modo de vivir.

«Nosotros, hay quien dice, debemos vivir durante la lucha. Todo cuanto puede exigirsenos es que no nos hagamos ilusiones sobre la honradez de los medios que empleemos para vivir.»

Estamos de acuerdo, y por esto precisamente, cuando nosotros para vivir hacemos una concesión á la sociedad actual, queremos al menos tener la franqueza de declararlo; que se confiese que se ha cometido una debilidad, una falta, una cobardía por necesidad, pero que no se pretenda erigir esto en principio.

Luchando por la solidaridad entre individuos para levantar la dignidad del hombre, propagando este ideal y haciéndolo comprender á quienes lo ignoran ó lo conocen mal, no debemos aceptar la solidaridad más que con aquellos que pueden contribuir á la difusión del ideal, combatiendo lo que pueda desnaturalizarlo, sobre todo esas teorías de castración que tienden á alejarnos del fin, preconizando actos que degradan á los individuos.

Si queremos salir de esta sociedad de ignominia, únicamente elevando nuestros pensamientos y nuestra voluntad sobre sus bajezas, podremos conseguirlo.

Abandonemos los medios que la sociedad nos enseña y aspiremos á que el ideal anarquista, más fuerte que el instinto de conservación, lleve á los individuos á no aceptar ningún compromiso con la sociedad actual.

JUAN GRAVE.

(Traducción de Antonio López.)

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

(Continuación.)

¿Conviene atribuir á este exceso de ácido úrico las molestias que se notan á consecuencia del ejercicio violento?

Evidentemente, hay, entre los residuos eliminados en los sedimentos úricos, bas-

tantes productos que han podido hacer sentir su influjo en el organismo durante el tiempo que han estado en la sangre, antes de ser expulsados de la economía. Es cierto que las sustancias extractivas, tales como la creatinina, la jantina y otros productos de combustión incompleta, tienen un papel importante en la producción de las molestias febriles de la fatiga consecutiva. Pero estas sustancias son aún tan desconocidas en cuanto á sus efectos fisiológicos, que conviene hablar de su influjo probable con la mayor reserva.

Por el contrario, hemos tenido ocasión de observar casos, en que la orina encierra uratos con exceso, y comprobar que las perturbaciones sufridas por el organismo en estos casos son muy semejantes, algunas veces, á las que produce la fatiga muscular consecutiva.

El acceso de fiebre intermitente y la fiebre de reumatismo sin determinaciones locales son afecciones que tienen mucho parecido con la fiebre de agujetas, puesto que ambas van acompañadas, como éstas, de una emisión abundante de uratos.

Una ducha fría, tomada por una persona no habituada, produce generalmente un malestar consecutivo bastante acentuado, con sensación general de quebrantamiento en los miembros y ligero movimiento febril: hemos podido cerciorarnos de que, si se observa la orina de la persona después de notar estos síntomas, tan parecidos á los de las agujetas, se ve que encierran también sedimentos úricos en abundancia.

Puede objetarse que, en los ejemplos citados, hay un movimiento febril, y atribuir á la fiebre la producción de los uratos, lo mismo en las agujetas de fatiga, que en los accesos de fiebre intermitente, que de fiebre reumática. Pero la fiebre no se produce sino por excepción, después de un ejercicio violento, y pueden, sin embargo, observarse sedimentos úricos abundantes en casos en que el trabajo muscular deja el pulso y la temperatura en estado normal. Según nosotros, los uratos y demás residuos de combustión que los acompañan son las causas y no los efectos de la fiebre. El estado febril en las agujetas es el resultado de un esfuerzo del organismo para eliminar estos residuos, cuando se han acumulado en gran cantidad.

Es imposible no encontrar cierta analogía entre el proceso de la fiebre de agujetas y el del acceso de gota. En ambos casos hay *uremia*, es decir, exceso de uratos en la sangre. Sólo que, en el acceso de gota, la sangre se descarga sobre las articulaciones y allí lanza el exceso de sales úricas que encierra; mientras que en las agujetas de la fatiga la descarga tiene lugar en el riñón y las sustancias nocivas se eliminan por la orina.

Esta analogía en las causas se confirma por la observación de los hechos. En las personas predispuestas á la gota, un ejercicio violento, hecho sin adiestramiento previo, es generalmente la causa que determina un acceso. Y es que el acceso de gota, como las agujetas, es debido á una acumulación de compuestos úricos en la sangre, á un estado de *uremia*. El ejercicio muscular demasiado violento pone momentáneamente el organismo en todas las condiciones necesarias para la producción de los accidentes de la diatesis úrica. Muchas veces hemos podido observar que el ejercicio más violento no tiene peligro para un gotoso cuando éste se halla en perfecto estado de preparación. Uno de mis íntimos amigos, presidente muy activo de nuestra sociedad de esgrima, padece de gota desde hace tiempo. Los asaltos más prolongados no han determinado en él el más ligero acceso, mientras los hacía en estado de preparación; algunas veces, por el contrario, ha experimentado molestias articulares bas-

tante pronunciadas, cuando se ha entregado de pronto á tirar á las armas, después de tener abandonada mucho tiempo la sala de esgrima.

Si el estado de preparación puede poner á un gotoso al abrigo de los peligros que presenta habitualmente para él la fatiga, es porque, en el hombre bien preparado, el trabajo no produce, ni los sedimentos úricos, ni el estado de *uremia* pasajera, de que proceden.

Hay que resolver una última cuestión, para explicar de una manera satisfactoria la producción de las agujetas. ¿Por qué los residuos nitrogenados que constituyen los sedimentos úricos no se forman, en igualdad de trabajo, en el hombre ya preparado, lo mismo que en el hombre que se entrega al ejercicio por primera vez?

No puede darse á esta cuestión más que una respuesta. En el hombre que no ejerce sus músculos, existen materiales capaces de dar lugar á esos productos de combustión incompleta; mientras que, en el hombre preparado, el trabajo muscular gasta y hace desaparecer esos tejidos. El ejercicio violento, practicado asiduamente á diario, va haciendo desaparecer poco á poco los *tejidos de reserva*, que se habían acumulado en los músculos. El trabajo quema y disipa los materiales economizados por la inacción.

Los tejidos de reserva están destinados á no permanecer más que temporalmente en la economía; son provisiones destinadas á hacer el gasto de las combustiones, y no á entrar en la trama íntima del cuerpo, para formar parte integrante de él. Por esto, tales tejidos son más fácilmente arrastrados que otros, por el movimiento de desasimilación. Resisten menos á las combustiones del trabajo; se queman más fácilmente; se desprenden de los órganos, antes de haber sufrido el último grado de oxidación, y quedan en el estado de productos de combustión incompleta. Estos residuos, según la expresión de M. Bouchard (1), son *verdaderas cenizas orgánicas*.

Los materiales capaces de producir estos residuos, sólo constituyen en el organismo una provisión limitada, que se gasta tanto más de prisa, cuanto más intenso es el trabajo muscular. Así, el ejercicio violento disipa bien pronto las reservas que quedan del ejercicio insuficiente y, con esos tejidos de reserva, desaparecen también los residuos debidos á la desasimilación demasiado fácil de esas provisiones exuberantes. El hombre bien adiestrado no produce ya residuos úricos, porque ha agotado las provisiones capaces de formarlos, porque ha *quemado sus reservas*.

Cuanto más se penetra en el pormenor de los hechos, más se confirma esta opinión.

Los aficionados á la gimnasia saben que, volviendo á un ejercicio muscular, abandonado durante mucho tiempo, es imposible escapar sin agujetas; pero cuantos han tenido ocasión de pasar por esta prueba, saben que hay dos maneras de pagar su tributo. Los unos hacen diariamente una pequeña cantidad de trabajo, aumentándola gradualmente, y llegan así, al cabo de bastante tiempo, á la dosis habitual de su ejercicio. Estos no experimentan más que un ligero malestar, y su orina no presenta más que un imperceptible depósito. Consiguen volver á la gimnasia más violenta, sin haber sentido las agujetas completas, porque no han producido cada vez más que una mínima cantidad de residuos de combustión. Estos residuos eran insuficientes para determinar un malestar grave en el organismo, y poco abundantes para enturbiar fuertemente la orina. Otros prefieren libertarse más de prisa, y hacen desde luego

(1) Bouchard, *loc. cit.*

todo el trabajo posible, ejercitando los músculos sin consideración, y resultan al día siguiente unas violentas agujetas y la orina recargada de uratos. Pero á la tercera sesión, por lo general, han recobrado toda su aptitud para el trabajo, y se encuentran en adelante al abrigo de la fatiga consecutiva. En estas circunstancias, la orina no presenta ya depósitos y conserva, después del ejercicio, una limpidez perfecta.

Estos dos métodos diferentes conducen, en resumen, al mismo resultado: el agotamiento de los tejidos de reserva.

Si tratamos de determinar lo más claramente posible las conclusiones que se desprenden de los hechos que hemos observado y expuesto para contribuir al estudio de la fatiga consecutiva, debemos formular dos opiniones, una de las cuales representa un hecho cierto, y la otra una hipótesis muy verosímil:

1.^a Podemos presentar como un hecho cierto al aumento de los productos de la combustión incompleta, que forman los sedimentos úricos, en todos los casos en que el trabajo muscular ha de ser seguido de las molestias generales febriles, ó no febriles, de las agujetas.

2.^a Podemos presentar como hipótesis muy verosímil la que establece una relación de causa á efecto entre estos dos fenómenos, estrechamente unidos por una coexistencia constante: la aparición de los residuos nitrogenados que forman los sedimentos úricos y la aparición de las molestias generales de la fatiga consecutiva. Esta hipótesis nos parece fundada en suficientes deducciones para que nos sea permitido atribuir las *agujetas de fatiga* á una especie de auto-intoxicación del organismo por productos de desasimilación.

Se establecería así cierta analogía entre el proceso de las agujetas y el de la sofocación. Ambas formas de fatiga serían debidas á un recargo de la sangre por ciertos productos de desasimilación.

El malestar respiratorio, llamado sofocación, se debe á la saturación de la sangre por un producto de desasimilación que se elimina por los pulmones. El malestar general que se llama fatiga consecutiva, ó agujetas de fatiga, debe atribuirse á la presencia en la economía de ciertos productos de desasimilación que se eliminan por los riñones.

Se conoce muy bien el producto á que debe atribuirse la sofocación: el ácido carbónico.

Es mucho más difícil, en el estado actual de la ciencia, precisar cuál ó cuáles son la verdadera causa de las agujetas. Pero puede afirmarse que estos productos se encuentran en el número de las sustancias que componen los sedimentos úricos y que, entre ellos, el ácido úrico y los uratos juegan un papel importante en los fenómenos de la fatiga general consecutiva.

DR. FERNANDO LAGRANGE.

(Traducción de Ricardo Rubio.)



CRÓNICA CIENTÍFICA

El origen de la vida.—Ideas del profesor Virchow.—Células y microbios.—Los sueros.—El específico general del doctor Gaube.—Suero contra la vejez.—Los trabajos del profesor Armand Gautier, de París.—Sus ideas sobre el origen del funcionamiento vital.

El misterio de la vida y de la muerte, es y ha sido en todo tiempo una de las principales preocupaciones de los hombres de ciencia. Según el doctor Virchow, el impenetrable secreto se oculta al hombre tras una sencilla y fina membrana y en cierta célula llamada ovario humano reside el origen de la vida. Detrás de esta célula distínguese todavía un núcleo, pero más allá resulta aún impotente la acción de los más poderosos microscopios; y allí precisamente tiene su asiento el misterio cuya explicación se busca.

En realidad, la vida de un órgano no es otra cosa que la totalidad de las vidas de las diferentes células simples que la componen, y la vida de un organismo complejo es una función colectiva más bien que individual. Todas las células propiamente dichas, que Virchow llama células de salud, son análogas á los microbios, á los cuales se da frecuentemente el nombre de células de enfermedad, viniendo á ser los organismos vivientes una especie de campo de batalla entre esas células enemigas: si triunfan las primeras se establece la salud, la fuerza, la alegría; por el contrario, si los microbios son los vencedores, sobreviene la enfermedad, el agotamiento, la debilidad. La ciencia debe, pues, tratar por todos los medios de fortificar las células en detrimento de los microbios y aun de destruir éstos directamente (1).

Para alcanzar el primer objeto se han creado multitud de sustancias químicas: compuestos del fósforo, de hierro, de arsénico, verdaderos venenos, que á dosis mínimas manifiestan una acción excitante muy saludable sobre la multiplicación de las células, de que éstas tienen mucha necesidad en ciertas circunstancias, sobre todo cuando se trata de oponer un aumento de fuerzas á los ejércitos siempre crecientes del adversario.

Se sabe, en efecto, que cuando el organismo está bajo la influencia de los venenos secretados por los microbios, se observa en ellos una gran actividad reproductora, y que determinados microbios tienen una acción especial y más definida sobre tal tejido ó sobre tal glándula en particular.

El segundo procedimiento, consistente en combatir al enemigo de frente, con preferencia á fortificar su adversario natural, se dirige á preparar contra cada enfermedad microbiana un suero especial que la evita ó la cura con exclusión de todas las demás enfermedades, á lo menos en teoría. El procedimiento es sencillo: se vacuna un animal contra el microbio y luego se extrae de él el suero en su sangre. Lo que complica singularmente el sistema es que se necesita disponer de un número considerable de específicos: suero antipestoso, antidiftérico, anticolérico, etc., etc.

Un médico francés, el doctor Gaube, cita lo por nuestro excelente colega Michaël Suni, parece haber llegado á vencer esta dificultad con la creación de un específico «omnibus» contra todos los microbios indistintamente. Empléase este suero en solu-

(1) En gracia de la sencillez renunciamos á los nombres de células de salud y células de enfermedad, llamando á las primeras células y á las segundas microbios.

ción inyectada bajo la piel. La solución es incolora, inodora y absolutamente inofensiva.

Según las categóricas afirmaciones que M. Gaube acaba de hacer en un artículo inserto en la *Médecine Moderne*, su famoso remedio cura el trancazo, la difteria, la erisipela, la fiebre tifoidea, el ántrax, la pneumonía, etc., y el tuberculoso en primer grado se cura en algunas semanas. De desear es que no haya en todo esto un exceso de optimismo.

Los sueroterapeutas no se han desdenado de buscar también un específico contra la vejez, ó más bien, contra algunos de sus efectos. No se trata evidentemente de detener el curso del tiempo ni de «reparar de los años el irreparable ultraje», sino de retardarle y disminuirle. ¿Qué es, en efecto, la vejez, sino un resultado de la derrota de las células por los microbios, una fase de la lucha que desgraciadamente termina siempre por la victoria de éstos con la muerte del organismo? Debiéndose la victoria de los microbios á la debilidad de las células, la cual aumenta á medida que se hace sentir el peso de los años, para retardar la derrota é impedir en cuanto sea posible que se transforme en desastre, es preciso dar á esas células armas defensivas en forma de específicos, de suero. El descubrimiento de esta agua de Juvencia, que, como la de la fuente mitológica, tiene la virtud de rejuvenecer al que en ella se bañe, será indudablemente el gran acontecimiento terapéutico de este siglo.

* *

La hermosa teoría sobre la analogía de las células y de los microbios recientemente expuesta ante la *Royal British Association* de Londres, por el eminente profesor alemán Virchow, tuvo un precursor en la persona de un sabio francés, el doctor Armand Gautier, de la Academia de Ciencias de París. Ya en 1882 M. Gautier se preguntaba si acaso las células animales vivirían á la manera de los fermentos y funcionarían modificando la materia ambiente. Según esta concepción, la serie de los tejidos y de los órganos se deberá á otra de fermentaciones, y nuestras células, aunque viviendo en colonias funcionarían en virtud de las transformaciones que hacen sufrir á las sustancias nutritivas que les aporta la circulación general de la vida.

En aquella misma época, á consecuencia de sus estudios sobre las fermentaciones bacterianas putrefactas, Armand Gautier hizo notar que la célula animal, como la bacteriana, produce en estado normal bases más ó menos tóxicas, las leucomainas; que los productos secundarios, como la leucina y la tiroxina, se encuentran en los productos de las fermentaciones bacterianas; que nuestras células viven á la manera de bacterias en virtud de fenómenos puramente fermentescibles de hidratación, de desdobles, de isomeraciones, etc., sin que para explicar la producción de energía que deriva de esos diversos actos de su funcionamiento haya de recurrirse á la intervención de fenómenos de oxidación.

Esta nueva concepción del modo de funcionar la célula animal ha acabado al fin por imponerse.

Bajo el título «Concepciones sobre el mecanismo de la vida», el mismo autor ha publicado recientemente en la *Revue générale des Sciences* un notable artículo donde resume sus trabajos anteriores y deduce consecuencias interesantes de las confirmaciones que la ciencia acaba de dar á las ideas por él mismo emitidas hace dieciocho años. De ellas resulta que la vida es un conjunto de fermentaciones que se producen en las

células, y los plasmas del ser viviente. La enfermedad es el resultado de la incongruencia funcional derivada, sea de la intervención de los fermentos extraños microbianos (enfermedades infecciosas), sea de desórdenes sobrevenidos en el mecanismo director de los órganos y de sus funciones, originados por causas internas adquiridas ó hereditarias, de la misma naturaleza que las que presiden á la nutrición ó al desarrollo.

Y así como la actividad de los fermentos depende de su conformación molecular, la de los órganos parece regida, por el modo de asociación de sus elementos histológicos, los cuales funcionan en virtud de su estructura y de la naturaleza química de los principios que les forman, cuyas funciones químicas elementales derivan de la naturaleza y, sobre todo, del modo de unirse los cuerpos elementales que entran en cada molécula específica.

«Ahí, añade Gautier, en ese funcionamiento químico elemental se halla el origen primitivo del funcionamiento vital.»

Todos esos actos moleculares se coordinan por la célula para ser en seguida totalizados y armonizados por los centros nerviosos.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

CRÓNICA ARTÍSTICA

Ahora como nunca puede apreciarse la conveniencia de una liga de artistas que se propusiese influir en los actos de la vida pública para despojarlos de fealdades y repugnancias corregibles.

Esos que todo lo esperan de la autoridad y de la fuerza, se quejarán de que el Ayuntamiento de Madrid permanezca inactivo ante el asqueroso espectáculo de las verbenas. Pedirán que se prohíba terminantemente el establecimiento de Tíos Vivos sucios y destartados, que se ordene la construcción de los barracones por el mismo cabildo, como se hace en Barcelona, para asegurarse de que serán limpios y nada repugnantes, que se nombre una comisión de artistas para disponer las cosas con el mayor buen gusto.

Si así lo hubiesen dispuesto las costumbres, quizá no daríamos importancia al hecho de que la autoridad velase por la limpieza y el ornato de la calle; pero teniendo que protestar de las vergüenzas y porquerías de hoy, no quiero pedir lo que me parece poco conveniente.

Ya en otra *Crónica* hablé del *derecho á la belleza*. Las gentes que se creen ordenadas en sus reivindicaciones revolucionarias se reirán de que piense en emancipar de la fealdad á las multitudes cuando todavía no se ha resuelto el problema del hambre. *Lo primero es lo primero*, dirán. Y yo me consolaré pensando que si ellos tienen razón, yo también la tengo. El problema social es cosa más compleja de lo que los mismos oprimidos se figuran.

Por esto creo que el amor en los artistas debería llevarles á trabajar por la emancipación artística del pueblo. No conciben hoy el aspecto humano de su vocación. Viven separados de la multitud creyéndose superiores á ella, y trabajan con el único deseo de crear la obra. Y así ocurre que una vez terminada la abandonan en manos del poderoso.

Si tengo ideas generosas, la sociedad me impone el deber moral de propagarlas por el amor del oprimido; si he podido formarme un acervo respetable de conocimientos científicos, se me tacha de egoísta si no los empleo en el perfeccionamiento de los demás. Se siente la necesidad del apóstol para preparar la redención económica ó moral.

¿Por qué no hemos de creer en el apostolado del artista? No quiero que éste se proponga como fin el evocar en el alma de las multitudes el sentimiento de la belleza, ni creo que en sus obras tenga que propagar ideal político ó social de ningún género. Pero digo que el artista sincero y fuerte se gozará ennobleciendo á los demás con la natural gentileza de su espíritu.

Lo que hay es que para ello necesitamos romper esa tradición de indiferencia que nos esclaviza á todos. La invasión de los groseros en el arte ha rematado la obra de perversión. Apartémonos ante todo de esta gente que oculta su impotencia hablando de las multitudes con desprecio. Y cuando sintamos profundamente la verdad tan predicada como poco sentida de que los miserables también son hombres, acudamos á ellos con amor y contribuyamos á emanciparles de la fealdad.

Una Sociedad de artistas de corazón perseguiría el mal gusto en todas partes. En la casa, en la calle, en las reuniones privadas, en los mitins, en las verbenas y en los teatros. Un grupo de hombres refinados promovió en Londres un escándalo, que tuvo consecuencias muy dignas de alabanza. Los alrededores de cierto Museo quedaban casi siempre sin barrer; habían sido vanas todas las protestas y peticiones; la basura se amontonaba ante el Palacio soberbio de sillería. Y aquellos hombres se decidieron una mañana á barrer la calle, vestidos con sus mejores trajes, y acudieron armados de escobas ante el Museo. El escándalo fué más que regular; pero el aseo de aquel hermoso sitio de la ciudad quedó garantizado desde entonces.

* * *

Había oído hablar de las solemnidades académicas, sin haber tenido ocasión de asistir á ninguna. Y pensé que no podía escoger ocasión mejor que la recepción de un hombre de ideas avanzadas en aquel recinto donde reunían sus iniciativas seniles los inválidos de la literatura nacional.

Hablar mal de la Academia de la Lengua suele ser manía incorregible de los que no pueden entrar en ella. Y cuando llega la hora del perdón se hacen mil genuflexiones con la mayor gravedad, y el neófito se estira lo más posible y se dispone á respetar el frío silencio de la casa con la corrección de un diplomático embalsamado.

Pero todos los que hablan mal de la Academia y de los académicos se guardan muy bien de decir una verdad que pudiera ofender á todos. Aquellos príncipes de las letras españolas despiden un atroz aliento de vulgaridad. Aparte unas pocas excepciones, que en otros países no pasarían quizás de respetables medianías, se ve en aquella casa una porción de sujetos que no pueden representar otra cosa que la indigencia española.

Entraba D. Jacinto Octavio Picón y le contestaba Valera. Uno y otro hablaron de Castelar y el público los escuchó con bastante indiferencia. Casi todos habíamos ido allí para presenciar el espectáculo. La casa es muy limpia, de construcción bonita, pero chata; el salón despidе un olor de cosa nueva nada desagradable y toda la ceremonia revistió un aire de sencillez bastante simpático.

Lo más friamente académico fué el discurso de Picón que reveló excelentes cua-

lidades para llegar rápidamente á la categoría de momia nacional. El discurso de Valera consistió en una retahila de vulgaridades, dichas con desenfado, que llamaba la atención, porque parecía chocar con la gravedad del espectáculo. Hay que confesar que el último cumplió más el objeto de la fiesta, pues nos hizo reir agradablemente.

Por lo demás, un espectáculo sumamente higiénico. Como sedante no tiene precio. Encuentro, sin embargo, que en vez de sillones debería haber en la sala otomanas y canapés. Entonces me tendrían de asiduo concurrente para ir á dormir la siesta. ¡Oh, qué agradable sueño se echaría arrullado por la fría insulsez de semejantes discursos!

A los cinco minutos de haber salido ya se os ha quitado la impresión de la cabeza. Las ideas que os han servido allí dentro no molestan. Y cuando una hora después me paseaba por el Retiro, sólo el recuerdo de Castelar pasaba de cuando en cuando por mi mente. Valera y Picón habían hablado del orador republicano con entusiasmo forzado. Y yo pensaba en el bien que uno y otro hubiesen podido hacerle bajándole del pedestal en que le ha colocado la comedia nacional. Emancipada de su falsa grandeza quizás viviría modestamente su memoria, mientras que si nos empeñamos en recordarle como grande hombre, bien pronto inspirará más risa que respeto

*
* *

El joven compositor D. Amadeo Vives va ganando terreno poco á poco. Ha estrenado en la Zarzuela un melodrama de Sellés titulado *La balada de la Luz*. De la letra no se me ocurre decir nada. Me han hecho mucha gracia los periodistas que se han quejado porque el autor de *El Nudo Gordiano* no presentaba cosas mejores. A mí me parece que esto de ahora es por lo menos tan malo como el *nudo* á que se refieren, con la única diferencia de que la cursilería de la balada es más sincera y no se disfraza con tesis sociales vulgarísimas.

La música de Vives no ha podido ser bien apreciada en medio del mal gusto dominante. El público aplaude de buena fe, los periódicos alaban al compositor, *el tifus literario* que se cree en el deber de felicitar al autor triunfante en días de estreno, abrazó al maestro con efusión.

Y sin embargo, es imposible que estos agasajos tranquilicen al verdadero artista. No sé cómo explicar esta impresión que tengo: Vives nos ha dado una música nueva, un arte casi desconocido en los teatros de Madrid, á pesar de lo cual ni el público ni la prensa han descubierto la novedad y siguen juzgando la nueva obra con criterios sacados de los éxitos precedentes.

Aparte la canción de los bohemios que marchan siempre camino adelante, en que la instrumentación sombría ha entusiasmado al público quizás más que el motivo musical, no han producido el efecto debido los números más delicados de la obra. Todo el mundo sale tarareando la parte romántica del dúo, melodía melancólica que no representa aspiración alguna hacia un arte superior.

Pero en los números de la pantomima, en algún fragmento del dúo y en el preludio del tercer cuadro, hay ingenuidades mozarianas que han escapado aun á la perspicacia de gentes que se tienen por inteligentes. Hay allí momentos musicales purísimos en que el arte se presenta despojado de todo accidente ornamental. El hombre

refinado goza intensamente al sentirse en contacto con el alma misma de la creación artística.

Y aquí que siempre vivimos algo atrasaditos, no podemos comprender lo que esto significa. Tenemos una idea confusa de eso que se ha dado en llamar música alemana, y nadie nos convence de que la música de hoy ha de ser enrevesada. Queremos que se venzan dificultades de instrumentación, pedimos mucho metal, y cuando nos sirven un número monosilábico, ferozmente complicado, nos figuramos ser aquello el *non plus ultra* de la música moderna.

¿Cómo convencer al público y á los críticos de que Amadeo Vives está ya de vuelta de estas locuras? El tecnicismo de hoy es muy superior al de la época de Gluck; pero esto no quiere decir que en ciertos momentos el motivo musical sea de una ingenuidad nativa tal que exija la misma sencillez que tienen las obras del autor del *Orfeo*.

Nada más conceptualista que revestir todas las ideas musicales de una misma y complicada instrumentación. Es preciso comprender que cada aire nace en el alma del autor con una forma y colorido propios. Y si Vives, para dar gusto á los llamados *inteligentes*, hubiese instrumentado con menos sencillez los motivos á que me refiero, quizás hubiese obtenido el entusiasmo del público, pero la obra de arte se resentiría de una ampulosidad inevitable.

Por esto he dicho que la música de Vives es la manifestación de un arte nuevo. La evolución del maestro catalán tiene un hermoso precedente en Brahms, que después de haberse abandonado á las locuras modernistas, el sentimiento artístico reaccionó en él y volvió á la antigua tradición alemana.

Y sucede que en nuestro país, adonde apenas han llegado á aplicarse los más sencillos rudimentos del tecnicismo moderno, es muy difícil convencer á la crítica ignorante de que Vives conoce ese tecnicismo y lo emplea sólo cuando le parece aprovechable. De este modo se confunde lastimosamente la sencillez de Chueca con la de Vives.

Nada más falso. Los que instrumentan las melodías de Chueca se valen de una técnica vulgar que la mayor parte de las veces dice bien con la vulgaridad del motivo. Si no echan mano de otros elementos es porque no saben manejarlos, y si Chueca fuese un artista inspirado ahogarla la idea en la vulgaridad de la forma.

En cambio Vives tiene conocimientos de los medios instrumentales de que puede valerse, y cuando su inspiración le da un motivo ingenuo, echa mano para expresarlo de los elementos más refinadamente ingenuos que conoce. La sencillez del primero nace, pues, de la ignorancia, mientras que la ingenuidad del segundo le lleva á la sencillez por el refinado conocimiento del tecnicismo.

Desde mi próxima *Crónica* podré dar de nuevo á mis lectores noticias bibliográficas de obras que entienda pueden interesarles, noticias que sólo un exceso de trabajo me había obligado á suspender.

PEDRO COROMINAS.



MARIDO Y MUJER

NOVELA

SEGUNDA PARTE

I

Los días, las semanas, dos meses enteros de una vida retirada en el campo corrieron insensiblemente para mí, porque los sentimientos, las emociones y la felicidad que me dieron esos dos meses bastarían para llenar toda una vida.

Nuestro modo de vivir no se ajustó ni remotamente á los planes que trazamos de antemano Serguei y yo; pero aquella existencia no era inferior en nada á la que habíamos soñado; era simplemente otra.

¿Dónde estaban el trabajo riguroso, el cumplimiento del deber, el espíritu de sacrificio, la vida de abnegación que había yo soñado de novia? En su lugar reinaba un sentimiento egoísta de amor mutuo, el deseo de cada uno de ser amado, una alegría sin fin y sin causa, un olvido absoluto de todo lo que no era él ó yo.

Cierto que á veces Serguei entraba en su despacho á trabajar, ó iba de negocios á San Petersburgo ó se ocupaba de sus haciendas; pero yo veía lo que le costaba abandonarme. Él mismo confesaba al volver que todo lo que no se refería á mí ó le alejaba de mí le parecía tan insignificante que no valía la pena de ocuparse de ello.

Lo mismo me pasaba á mí; iba sosteniendo mi música, me ocupaba de mi suegra, daba lecciones á los niños de la aldea; pero todo ello lo hacía por merecer su aprobación y porque todas esas cosas se referían á él. Así, en cuanto una ocupación no se relacionaba con el deseo de darle gusto, mis manos se negaban al trabajo. Me hubiese parecido una cosa muy extraña pensar que fuera de él existiese nada en este mundo.

Quizá ese sentimiento era malo y egoísta, y, no obstante, me hacía dichosa, me elevaba sobre mí misma y sobre todo. Para mí, sólo él existía en el universo entero, y lo era todo, el mejor, el más perfecto de los hombres; por eso no podía vivir más que para mantenerme á sus ojos tal y como me creía.

Para él era yo la mejor y más hermosa de las mujeres; para él estaba dotada de todas las virtudes, y por mi parte me esforzaba en seguir siendo la más perfecta de las mujeres en la estima del mejor de los hombres.

Una vez entró en mi cuarto cuando yo rezaba mis oraciones. Dirigí una ojeada hacia él sin interrumpir mi rezo. Serguei se sentó cerca de la mesa para no estorbar-me. Creí sentir sobre mí su mirada, y no pude menos de volver los ojos hacia él.

Sonrió, yo me eché á reír y no pude continuar.

—¿Y tú has rezado ya?—le pregunté.

—Sí, continúa; yo me marchó...

—Pero tú acostumbras á rezar, ¿verdad?

Se levantó para salir, sin responderme; pero yo le detuve.

Querido mío, reza conmigo por darme gusto.

Se arrodilló junto á mí, y uniendo las manos con un aspecto cohibido y un semblante serio, empezó á rezar después de alguna vacilación. A cada momento se volvía hacia mí, en busca de aprobación y animaciones.

Cuando acabó me eché á reir, besándolo.

—¡Siempre la misma, siempre la misma!... Como si yo no tuviese más que diez años—dijo besándome las manos.

La casa en que habitábamos era una de esas antiguas casas de campo en que, desde varias generaciones, viven los miembros de una misma familia en el amor y el respeto mutuos. Por todas partes se encontraban buenos y honrados recuerdos de los ascendientes, que vinieron á ser mis propios recuerdos desde que ingresé en aquella mansión.

Tatiana Semionovna, mi suegra, seguía dirigiendo la casa, y todo se hacía allí á la usanza antigua. No puedo decir que todo fuese bonito y elegante; pero todo, desde el mobiliario hasta los servidores, era abundante, útil, sólido, ordenado é imponía respeto.

La sala estaba adornada de retratos; el suelo cubierto de alfombras y de taburetes bordados á mano; los muebles estaban dispuestos con simetría.

En la pieza de los divanes se encontraba un piano antiguo, y delante de los divanes veladores de incrustaciones adornados de latón.

Tatiana Semionovna había reunido en mi cuarto los muebles mejores de la casa, de estilos diversos y épocas distintas, algunos con varios siglos de existencia. Había, entre otros, un espejo viejo que en los primeros tiempos no podía mirar sin sonrojarme, pero que después llegué á considerar como un antiguo amigo, que se me hizo muy caro.

Jamás se veía á la dueña de la casa, y, no obstante, todo marchaba como un reloj, á pesar del número excesivo de criados. Todas aquellas gentes llevaban calzado ligero y no se las oía.

Para Tatiana Semionovna el ruido de las suelas y los tacones era la cosa más inconveniente del mundo; sus servidores parecían muy orgullosos de su posición; temblaban delante de la señora, nos miraban á mi marido y á mí con cierto airecito de protección, y, al parecer, cumplían sus quehaceres con un placer extraordinario.

Todos los sábados se fregaban los suelos y se sacudían las alfombras; el primero de cada mes se decía una misa para la bendición del agua. En todo ese pequeño reino se celebraba el cumpleaños de los amos; aquel otoño llegó por primera vez mi turno.

Mi marido no se mezclaba nunca en las cosas de la casa; no se ocupaba más que de las faenas del campo y de los *mujiks*. Esa inspección le daba mucho que hacer. Madrugaba mucho, aun en invierno; cuando yo me despertaba estaba ya en sus trabajos. Volvía á tomar el te conmigo, y todas las mañanas, cuando regresaba aliviado de una parte de sus tareas, se encontraba en ese regocijo que mi hermana y yo llamábamos «su alegría salvaje.»

Yo le preguntaba á menudo lo que había hecho, y entonces se divertía en tejer relatos fantásticos tan graciosos, que teníamos que apretarnos los ijares á fuerza de reir; á veces reclamaba yo un informe más serio, á lo cual reprimía él una sonrisa, y me contaba todo lo que había pasado aquel día.

Yo miraba sus ojos y seguía los movimientos de sus labios sin comprender lo que me decía, pero gozaba viéndolo y oyéndole la voz.

Cuando terminaba su relato, me decía:

—¡Bueno! Ahora repítame lo que te acabo de decir.

Y yo me quedaba parada, sin comprender que pudiese hablar de otra cosa que de él y de mí, como si todo lo extraño á nosotros fuese indiferente.

Hasta mucho más tarde no empecé á interesarme en sus asuntos y á entenderlos.

Mi suegra permanecía en su cuarto hasta la hora de comer; tomaba el te sola y mandaba á su doncella á saber de nosotros.

A lo mejor, en medio de nuestros holgorios, veía aparecer la mensajera de Tatiana Semionovna; se paraba en un rincón, grave y respetuosamente, y yo no podía tener la risa cuando nos declamaba cruzadas las manos y con una voz seria que desentonaba del más extraño modo en medio de nuestras conversaciones:

«Tatiana Semionovna me manda á saber cómo han dormido ustedes después del paseo que dieron ayer tarde, y participa á ustedes que á ella le ha dolido el costado y que el estúpido perro de la aldea no le ha dejado dormir ladrando de la noche á la madrugada. La señora me manda también preguntar á ustedes cómo han encontrado esta mañana los panecillos, porque hoy no los ha hecho Tarass, sino Natacha, para irse ensayando; á la señora le parece que los panecillos no son malos, pero que los bizcochos están demasiado tostados.»

Hasta la hora de comer, mi marido y yo rara vez nos encontrábamos juntos. Yo tocaba el piano ó leía, él escribía ó volvía á salir. Hacia las cuatro, hora de la comida, nos reuníamos todos en el salón; mi suegra salía de su cuarto, después llegaban dos ó tres damas nobles sin fortuna y mujeres que iban en peregrinación á los santos lugares; siempre había dos ó tres en la casa.

Todos los días, invariablemente, mi marido ofrecía el brazo á su madre para pasar al comedor; ella exigía que me ofreciese el otro, y todos los días, no menos invariablemente, tropezábamos con los dos lados de la puerta, y estrechándonos, entrábamos á la desbandada.

Presidía la mesa mi suegra. La conversación era reposada, sensata y hasta solemne. Las pocas palabras que cambiábamos por lo bajo mi marido y yo, interrumpían agradablemente la monotonía de aquella larga sesión de la comida.

A veces se entablaba entre madre é hijo una discusión jovial, divirtiéndose cada uno en llevar la contraria al otro, y yo disfrutaba mucho oyendo aquellas bromas que revelaban, más que nada, el profundo cariño que unía á Tatiana Semionovna y y Serguei Mikhailovich.

Después de comer, nuestra madre se instalaba en un gran sillón de la sala y pulverizaba tabaco ó cortaba las hojas de los libros nuevos; mi marido y yo leíamos en alta voz ó pasábamos á la pieza contigua, donde estaba el piano.

Durante los primeros meses de matrimonio leímos mucho juntos; pero donde encontrábamos nuestra mayor delicia era en la música, que cada día despertaba nuevas fibras de nuestro corazón, y parecía revelarnos más completamente el uno al otro.

Cuando yo tocaba sus piezas favoritas, Serguei Mikhailovich iba á sentarse en diván más distante del piano donde apenas podía distinguirlo; por una especie de pudor de sentimiento, se esforzaba en ocultar la impresión que le producía la música, pero muchas veces cuando menos lo esperaba me levantaba del piano en puntillas, y, cogiéndolo de improviso, sorprendía en su semblante huellas de emoción y el brillo húmedo de sus ojos que en vano trataba de ocultarme.

Mi suegra solía desear vernos al piano, pero, temiendo estorbar, se contentaba con atravesar la sala gravemente, sin mirarnos y afectando una profunda indiferencia; bien sabía yo, no obstante, que nada la obligaba á entrar en su cuarto en aquel momento y á volver tan de prisa.

Por la noche todo el mundo se reunía en el gran salón, y yo era la que servía el te.

No sin cierta timidez presidí durante mucho tiempo á la distribución de las tazas bajo la égida del samovar. Me parecía siempre que no era digna de aquel honor, que era aún demasiado joven y aturdida para dar vuelta á la llave de una tetera y para poner las tazas en la bandeja que sostenía Nicolás, diciéndole:

—Esta para Pedro Ivanovich; esa para María Minichna.

Después tenía que preguntar á cada uno: —¿Está bastante dulce su te de usted?—y dejar finalmente terrones de azúcar para la *niania* y los servidores que habían merecido esa distinción.

Cuando concluía, exclamaba mi marido:

—Muy bien, muy bien; ¡enteramente como una persona mayor!

Y esa observación acababa de turbarme.

Después del te mi suegra reposaba un momento ú oía las predicciones de María Minichna que le echaba las cartas; luego nos besaba, hacía la señal de la cruz sobre nosotros, y nos retirábamos á nuestro cuarto.

Las más de las veces nos quedábamos hablando hasta después de media noche, y era el mejor momento del día. Serguei Mikhailovich me contaba su pasado, trazábamos planes, filosofábamos á veces, y nos esforzábamos en hablar bajo, muy bajo, para no ser oídos y evitar que fuesen á Tatiana Semionovna con el cuento de que andábamos de charla, cuando ella nos había mandado acostarnos temprano.

A veces teníamos hambre é íbamos callandito á la alacena, y gracias á la complicidad de Nikita conseguíamos hacernos con una cena fiambre que nos llevábamos apresuradamente á mi habitación para devorarla á escondidas á la luz de una sola vela.

Vivíamos como extraños en aquella casa vetusta y espaciosa donde reinaba el austero espíritu de los pasados tiempos y de Tatiana Semionovna. No sólo ella me imponía respeto con su sola presencia, sino que todo cuanto la rodeaba—sus criados, las solteronas nobles, los muebles, los retratos de los antecesores—me inspiraba una especie de temor y me hacía sentir que no estábamos enteramente en nuestro puesto en aquella morada, y que había que conducirse con mucha prudencia y circunspección.

Cuando ahora me traslado á aquella época, veo cuán modesto y embarazoso era el orden inmutable y tiránico de la casa, el número excesivo de gentes curiosas y desocupadas y otras muchas cosas más; pero entonces todo eso no servía sino para estimular nuestro amor.

Serguei Mikhailovich no parecía contrariado tampoco por aquel estado de cosas. Al revés, hacía la vista gorda á todo lo que hubiese podido disgustarlo.

Así, al ayuda de cámara, Dmitri Sidoroff, le gustaba mucho fumar en pipa, y todos los días después de la comida, cuando estábamos en el salón de los divanes, se escurría al despacho de mi marido y le robaba tabaco de los cajones. Había que ver la cómica alegría con que Serguei Mikhailovich se acercaba á mí de puntillas aparentando un miedo terrible, y, guiñando los ojos y amenazando con el dedo, me enseñaba al ladrón, muy ajeno de ser observado.

Y cuando Dmitri Sidoroff salía del despacho sin apercibirnos, mi marido, contentísimo de ver lo bien que habían salido las cosas, me besaba diciéndome: «¡Eres una perla!»

A veces me desagradaba aquella calma, aquella mansedumbre, rayana en la indiferencia, y, sin advertir que yo flaqueaba por el mismo lado, juzgaba á mi marido débil de carácter.

«Una criatura enteramente, que no se atreve á dar pruebas de voluntad», me decía á mí misma.

Un día que le reconvenía su exceso de indulgencia me respondió:

—¡Ah, amiga mía! ¡Puede uno disgustarse por nada, cuando es tan feliz como yo! Es más fácil ceder que doblegar á otros á nuestra voluntad; he hecho ese descubrimiento ha ya mucho. No hay situación en que uno no pueda ser dichoso. Y nosotros somos tan felices que me es imposible enfadarme; en este momento no puedo encontrar malo nada: no veo más que el aspecto raro de las cosas, y me hace reír. No olvidemos sobre todo que *lo mejor es enemigo de lo bueno*. ¿Me creerás si te digo que, cuando oigo un campanillazo, cuando recibo una carta, cuando me despierto, me echo á temblar... me echo á temblar, por tener que vivir, porque puede suceder algo que altere mi vida, siendo así que no puede haber nada preferible al momento presente?

Yo lo creía por su palabra, sin comprenderlo; yo era feliz, pero me parecía que todo el mundo lo era una vez en la vida de la misma manera que yo, y que, sin embargo, existía otra felicidad, no más grande sin duda, pero otra al cabo.

Así pasaron dos meses; luego vino el invierno con sus fríos y sus nieves, y poco á poco empecé á sentirme sola, por más que mi marido estuviese siempre conmigo; parecía que la vida se repetía, que no encontraba ya nada nuevo en él ni en mí, sino que, antes bien, volvíamos sin cesar sobre nuestros pasos.

LEON TOLSTOÏ.

(Continuará.)

SECCION LIBRE

Meditado.

Leyendo y releiendo el artículo de José Prat, «Meditémoslo», insertado en el número 14 de *Fraternidad*, y pensando lo contrario de su autor, he tomado la pluma para contestar hoy lo que más importa, ya que no me hallo en disposición de hacerlo en su totalidad.

Ante todo, debo decir que me ha gustado la intención de Prat; hace tiempo que prefiero leer cosas opuestas á mi manera de sentir por considerar que la crítica es necesaria.

Del artículo de referencia he podido deducir:

1.º Que según José Prat, el grito de *Revisión* exhalado por algunos anarquistas es un barbarismo sociológico, como dice *El Diluvio*.

2.º Que nosotros bailamos en perjuicio de la anarquía y favorecemos á ciertos políticos; y

3.º Que el excesivo predominio individual es la ponzoña.

Yo, en oposición á lo expuesto, afirmo:

1.º Que el grito de *Revisión* ha producido una gran herida á la justicia histórica, y que si un día estos ó aquellos elementos pudiesen efectuar por cuenta propia y

con imparcialidad, la *Revisión* del proceso, sus consecuencias serían muy desastrosas para la barbarie de la justicia burguesa y de gran provecho moral y material para la humanidad.

El compañero Prat se ha fijado en las chinitas *sentimentales* que *El Socialista*, *Azcárate* y *El Diluvio* nos echan en cara, según el citado amigo; pero no en el hecho lógico de que la burguesía haya antepuesto todos, absolutamente todos los recursos imaginables, legales é ilegales, razonables é irrazonables para impedir hasta el simulacro de revisión. ¿Por qué?

2.º Que sería desmentir la fuerza innegable de las ideas creer que la anarquía puede doblegarse ante la fuerza de tal ó cual democracia.

Si por un momento se confunden republicanos, socialistas y anarquistas para combatir á un enemigo común, no debemos temer que los anarquistas se estacionen después en el republicanismo ó el socialismo; en cambio, los más activos republicanos y socialistas, no todos, pero sí gran parte de ellos, se verán arrastrados hacia el anarquismo por la fuerza de las ideas, y todo lo más que puede suceder es que aquellos que por *lujo* se apellidan anarquistas, se queden por un momento en uno de los sistemas intermedios.

En suma, la anarquía habrá cambiado unos cuantos pancistas por Quijotes, lo que no dejará de proporcionarle algún beneficio.

Y 3.º Que sólo y únicamente pueden salvar y sostener la pureza de las ideas, el predominio del individuo y la iniciativa individual. Esto como elementos esenciales, y como secundarios, las relaciones, la ciencia y la solidaridad consciente; y, por lo tanto, siempre emanados de los esenciales; porque si vienen de tal ó cual dogma, siempre estarán llenos de convencionalismos parciales, siendo enemigos de la libertad.

El peligro de la idea está, pues, en las fórmulas colectivas que puede enseñarse ó predominar en tal ó cual sociedad. Si un día los doctrinarios reglamentaran los deberes y procedimientos en nombre de la idea, éstos serían sus mayores enemigos.

La lucha es la vida, y para que sea eficaz, ha de ser consciente. De ahí la razón del predominio individual.

El individuo que obra á impulsos de influencias ajenas, no puede ser consciente; luego, para que su obra lo sea, es indispensable que sea hija de la propia conciencia, y ésta no puede existir si no se antepone el predominio individual por encima de todos los pareceres.

Nuestra misión es: trabajar en todas partes, en todos los asuntos, y cada cual como y cuando lo considera conveniente para el progreso de las ideas. Entre todos, llegaremos á saberlo todo, á minarlo todo, á conquistarlo todo. De esta manera, haremos oír en todas las cuestiones la voz de la verdad; y ésta, directa ó indirectamente, hará conciencias anárquicas, produciéndose lo demás como se produce la detonación del fusil después de cargado con el cartucho bien preparado al tirar del gatillo.

Ahora, que cada cual obre con arreglo á su conciencia. En la mía, todavía se repite el grito de *revisión, revisión y revisión*; yo no la pediré nunca al Gobierno, pero estaré siempre dispuesto á ella, si elementos extraoficiales quieren y pueden hacerla efectiva algún día.

SEBASTIÁN SUÑÉ.

Cárcel de Santander.

Para nosotros.

El alimento que nutre nuestro cuerpo, que endurece nuestros músculos y vigoriza nuestros miembros, necesita indispensablemente dos condiciones para dar á la máquina animal la fuerza y la vida que de su asimilación resultan. Primero, que su naturaleza, cantidad y calidad, reunan las condiciones fisiológicas que la ciencia prescribe, y segundo, que el aparato en el cual la combustión y asimilación se efectúan, represente una cantidad superior de salud, fuerza y vida.

Luego el tiempo se encarga de fortalecer ó matar, según haya ó no condiciones de vida fisiológicas y sociales en los seres.

En el orden intelectual y moral sucede lo mismo; é idéntica ley física determina los fenómenos de anormalidad en las funciones vitales.

Discurramos.

Por efecto tal vez de lo inhumana que resulta la sociedad actual, crea un ambiente tan poco adecuado á las necesidades del hombre, que cuando no por exceso ó por defecto, sus condiciones son siempre emergencias en el camino del desarrollo progresivo del individuo.

Si por todo patrimonio se tiene la fuerza muscular, y por todo medio la venta de esta fuerza en el mercado social, las acerbidades de la lucha, las privaciones y la miseria, producen en el individuo estados tales de perversión moral y física, que determinan una casi carencia absoluta de condiciones para el progreso intelectual.

Esto, aparte lo imposible que es enterarse de las nociones más elementales de la ciencia, hace muy difícil la extensión y propagación de nuestros ideales entre el pueblo, y más difícil aún, si pretendemos inculcarlos con toda su extensión y pureza, descontando desde luego el hecho de que cada uno de nosotros no es sino un infiel intérprete del ideal mismo.

Si, al contrario, pertenecemos á las clases privilegiadas, nuestras aspiraciones están en relación con nuestro estado patológico social, y la adaptación al estado presente, aumentando los egoísmos y ambiciones, nos aleja del ideal altruista y generoso que nos une en el carro de la lucha por la defensa de la emancipación de nuestra especie. En este caso, salvo raras y honrosísimas excepciones, la instrucción no sirve más que para mejor engañar al pueblo, bien sea poniéndose al servicio de lo existente, bien explotando la fuerza del obrero, ó bien contribuyendo á fomentar el embrutecimiento de las masas, llamándose juez, burgués ó cura.

¿Qué hacer para que nuestra labor sea más fecunda, de resultados más inmediatos y positivos?

Mi opinión es la siguiente:

Sobre todo no adaptarse en modo alguno á la sociedad actual, huyendo de sus vicios y corrupciones, de sus halagos, sus preocupaciones y errores seculares, y, corrigiéndonos á nosotros mismos, dirigiéndonos hacia la necesaria bondad y fortaleza para hacernos hombres del porvenir. Este esfuerzo sobre nosotros mismos no puede efectuarse de la noche á la mañana, lo mismo que en el orden fisiológico no nos es posible sin condiciones alimenticias, en lo que en nuestro estómago ingerimos y en condiciones también el estómago mismo, adquirir la fortaleza y la salud que la vida

normal significa. Es preciso, pues, que nos lo propongamos, empezando así por demostrar nuestra superioridad, y con perseverancia, estudio y buena intención, llegaremos individual y colectivamente á un estado tal de perfección y fortaleza que aunque no sustraídos en absoluto á las influencias del presente, podremos con admirables ejemplos arrastrar á la multitud á que nos siga y á los individuos á que nos imiten.

Exponiendo ideas, tranquila y reposadamente, pues hemos de saber que, no por correr mucho se llega antes, podremos llegar á una síntesis elevadísima, esencia de grandes concepciones, producto de la observación y el análisis.

Esta síntesis, condensación de todas las iniciativas, será tanto más elevada, cuantos más esfuerzos hayamos hecho para separarnos del presente y despojarnos de nuestros vulgares defectos de hombres actuales, con parcialidades de criterio cerrado y apasionamientos vergonzosos.

Los espontáneos dictados de nuestra razón, siempre relativa, están en directa relación con el estado general de nuestra salud, nuestra inteligencia y nuestra situación del momento. Debemos tener esto muy en cuenta cuando tratemos de emitir juicios sobre los demás ú opiniones sobre materias que afecten á la generalidad de los hombres.

El criterio del individuo instruido, suele ser generalmente el término medio de la cultura que representa la minoría de los sabios de ideas revolucionarias sobre las infinitas materias que constituyen la ciencia humana. También esto es preciso tenerlo en cuenta para no reducir el criterio general al individual, creyendo que haremos así labor progresiva.

En resumen: Exponer el resultado de nuestros estudios é investigaciones, en forma que nuestros defectos los desvirtúen, es obra verdaderamente intelectual. Trabajar en este sentido para aproximar el día de nuestra total emancipación, debe ser la sola finalidad que inspire nuestros actos. Juzgar á unos y á otros sin obrar mejor que los criticados, será siempre obra respetable, pero acusará una inferioridad.

Todo esto entre nosotros. Con los demás, la lucha está entablada y hay que pegar fuerte. Cuanto más implacables seamos con lo existente mejor serviremos á la causa de nuestra redención.

Y también en este punto, seremos más lógicos cuanto mayor sea la cultura y abnegación que poseamos.

Trabajemos para emanciparnos moral é intelectualmente á nosotros mismos, y purificando nuestro ideal con el estudio, podremos llamar holgazanes á los de atrás, pero siempre haciendo más y mejor, nunca gritando como energúmenos contra los que no hacen lo que nosotros. Hablar fuerte con palabras gruesas y descargar palo de ciego para satisfacer ímpetus desgraciados sin reparar en quién cae herido por el golpe, eso no debemos hacerlo.

A. LÓPEZ RODRIGO.





TRIBUNA DEL OBRERO



LO QUE DEBE SER EL TRABAJO DE LAS MUJERES Y DE LOS NIÑOS ⁽¹⁾

¡Pobre mujer! Aun en este siglo existe la duda de cuál es tu misión en la sociedad; cuál el trabajo que debes desempeñar. No basta haber transcurrido siglos y siglos de ignorancia respecto á tu valor natural, sino que, aun en este que llamamos siglo de las investigaciones, siglo de los descubrimientos, en que tantas fuerzas naturales han caído bajo el dominio del hombre, esté la mujer á merced suya para que la destine el trabajo que en la sociedad ha de desempeñar.

Si este tema se hubiera presentado en tiempos de Cicerón y del austero Catón, en aquella época en que Roma se hallaba en toda la plenitud de su disolución, á causa de la corrupción efecto del estado guerrero, estos sabios, que no titubearon, el uno en repudiar á su mujer Terencia, y el otro, el virtuoso Catón, ceder su mujer, aun estando en cinta, á su amigo Ortensio y á la muerte de éste volverse á casar con ella, la respuesta hubiera sido tan categórica, según su opinión, que no hubiera dejado la menor duda respecto á que, siendo la mujer en aquella época, según consideraciones de la sociedad, un mueble de lujo, podía el hombre venderla, repudiarla, regalarla y creo que hasta matarla, según las leyes de Numa; por consiguiente, cada uno podría emplearla como bestia de carga á su manera. Pero hoy que los obreros, á quienes se les encarga el desarrollo de este tema, tienen más conocimientos, respecto de este particular, que todos los Catones y Cicerones del pasado, la respuesta debe darse de este modo:

Todo lo que se legisla sobre el trabajo de las mujeres y de los niños es completamente arbitrario é inhumano.

Los más liberales, en sentido sociológico, llegan á lo sumo á pedir á los poderes que se saneen las fábricas y se reduzcan las horas de trabajo, con el objeto de no ver á esas jóvenes pálidas y anémicas cuya hermosura juvenil á ido desapareciendo entre la insalubridad de la fábrica que, por la avaricia del patrono, es siempre deficiente.

Otros, más socialistas, llegan hasta pedir que se suprima el trabajo de las mujeres y de los niños, con el objeto de que haya más ocupación para los hombres.

Pero en estas presentes circunstancias en que las necesidades son tan grandes y los recursos para remediarlas tan pequeños, estas medidas, que no revisten un principio filosófico para su fundamento, sino un principio puramente económico y arreglado á la presente sociedad del capitalismo, ni son suficientes ni tienen el valor natural é ilegislable que tienen todas las leyes de la naturaleza, las cuales, si una sola se trastornase, sucedería un trastorno universal como sucede con las leyes sociales que, por no estar basadas en la justicia, todo el orden social está sufriendo un desequilibrio horroroso.

(1) Este artículo fué enviado al concurso de *El Liberal*.

No; la mujer no debe trabajar ni más, ni lo mismo, ni menos que el hombre.

A la mujer no se la debe señalar, ni el trabajo que ha de hacer, ni en la fábrica en que debe efectuarlo.

La mujer tiene destinado por esas rarezas de la naturaleza su trabajo, de cuyo trabajo recibe la sociedad el producto más precioso y más necesario que cuantos productos puedan elaborar todas las secciones de trabajadores del mundo.

Este producto nace de la maternidad; este producto son esas nuevas generaciones que, encerradas en el sacrosanto fanal materno, se han ido elaborando durante el período gestativo, sufriendo la mujer en cada metamorfosis del ser un nuevo dolor y efectuando un trabajo que la naturaleza, y sólo la naturaleza, la ha impuesto.

En su infancia debe adquirir todos cuantos conocimientos la permita su estado infantil, como preparatorios para cuando llegue la edad de la juventud y con arreglo á su capacidad, entrar de lleno á posesionarse de otros conocimientos científicos, siempre útiles para la familia, á la que aspira á ser base y fundamento, y de cuya instrucción depende la instrucción social. Preguntar después de esto lo que debe ser el trabajo de las mujeres y de los niños, de los cuales hablaremos más adelante, se me ocurre contestar: ¿Pues qué, esto no lo sabe todo el mundo? El trabajo de la mujer es ser madre; cualquier otro á que el hombre la destine constituye un crimen de lesa naturaleza, constituye un hecho del orgullo brutal, hijo de la fuerza que nunca ha raciocinado.

El hombre ha llegado en todo su orgullo á creerse superior á la mujer porque posea la fuerza.

En otras épocas, los trabajos más fuertes eran para ella, y en la presente casi sucede lo mismo, y esto consiste en que si entonces era su estado salvaje, hoy, aun cuando más civilizados, no lo es tanto cuanto la humanidad necesita, por cuya razón puede decirse que, si no gozamos de un puro salvajismo, le falta poco, pues actos se ven que lo justifican.

El mero hecho de creerse el hombre superior á la mujer, prueba el escaso conocimiento que respecto á este particular tiene. Y hay que decirlo, á pesar de todo, quiera ó no quiera, disguste ó no disguste al hombre. La mujer es superior á él, superioridad que la han concedido las leyes naturales, á las cuales no nos podemos oponer los hombres, á pesar de nuestra fuerza.

Esta superioridad, en el sentido filosófico y natural, consiste: en que desde el principio *prolífico* en que existe la igualdad por las dos partes sexuales, queda ya, después de ese momento *bilateral*, establecida una desigualdad tan natural, que como el orgullo no ciega al hombre, se ve á la simple vista.

Muerta la madre después de la concepción, ¿qué queda? nada. Se han perdido dos seres. ¿Y quién sabe lo que el nuevo individuo hubiera sido para la sociedad! ¿Hubieran existido esos grandes talentos que tantos beneficios han traído á la humanidad si sus cerebros no hubieran encontrado todos los elementos necesarios para su desarrollo dentro del sagrado laboratorio de la mujer? ¿hay otro sitio superior para este hecho? Si á partir de ese principio muere el padre, ¿qué se ha perdido? un solo individuo; respecto al nuevo ser, nada. Y como los nuevos seres componen las nuevas generaciones, esperanza de las viejas, cuyo enlace se va perpetuando eternamente por cuya razón existe la humanidad, hay que respetar y considerar como se merece á la mujer, que dió su calor, su sangre y su primer alimento al hombre, por cuya razón no la paga la deuda con destinarla á un taller, á una fábrica, á un obrador, á un trabajo por insignificante que sea, fuera del de ser madre.

El hogar paterno es la atmósfera donde ella se desenvuelve, es la sección á que pertenece. Sin indicárselo saben las labores que la corresponden dentro de la familia, sin perjuicio de contribuir, si quiere, con su voto á la confección de las leyes generales y sociales que hayan de regir á la sociedad; en una palabra, usar de los mismos derechos que el hombre. ¿Pero pueden ser un hecho estas teorías dentro de la sociedad presente? No. ¿Son justas estas teorías? A mi modo de ver, sí; luego la presente sociedad no está basada en la justicia, y en este caso, el trabajo de las mujeres, mientras este estado siga, será lo que hoy es, un sacrificio, un contrasentido humano, pero que no se la podrá poner tasa ni medida, y abandonará á sus hijos por ganar un pedazo de pan, aunque sea en contra de todas las leyes naturales y sociales. En este sentido la disolución de la familia es un hecho, y, por consiguiente, la de la sociedad, como hoy sucede.

No; para que el trabajo de la mujer sea lo que debe ser, es menester que acabe la explotación del hombre por el hombre, que termine el predominio de la clase burguesa, que el cuarto estado se emancipe completamente, para no tener necesidad de que su compañera salga del estado en que la naturaleza la colocó para ganarse un mendrugo de pan á costa del abandono de sus hijos, de su esposo, ¡y cuántas veces hasta de su honra!

En cuanto al trabajo de los niños sucede lo mismo: se abusa de su débil naturaleza, por la necesidad que tienen los padres de que ganen lo que comen.

Los filántropos piden á los gobiernos clemencia para ellos; pero los gobiernos, si alguna vez hacen caso, que son pocas, reglamentarán el trabajo de los niños, cuya reglamentación, por favorable que sea, nunca estará conforme con la naturaleza infantil, que exige la abolición de toda reglamentación para su desarrollo.

El niño, durante el período de su infancia, debe estar bajo el cuidado de la madre, su primera profesora. Terminada y aprobada la asignatura de idioma y sin hacer uso del modo imperativo, sino de un modo suplicativo, adaptándose los padres á la condición de los niños, deben empezarse sin apresuramiento ni castigos, pero sí con constancia, las primeras lecciones de alfabeto y pronunciación de sílabas.

Estas lecciones del hogar son de tanta utilidad, que cuando los niños van á la escuela, no sólo llevan ya los hábitos de la instrucción, sino que los mismos maestros encuentran ya una gran facilidad para su enseñanza.

Destruídas ya de este modo las primeras capas de la ignorancia, hay que considerar que el niño no tiene más que derechos, no tiene absolutamente ningún deber para con la sociedad, á la que pertenece involuntariamente, y sólo por una ley forzosa de la naturaleza. Por consiguiente, tiene el derecho á la instrucción y á la asistencia.

Pasada ya la época de la enseñanza primaria y cuando la ciencia determine la edad para el aprendizaje de un oficio ó carrera, según su aptitud, que, á mi modo de ver, será á los quince años, empezarán para él los deberes para con la sociedad que le sacó de la cuna.

Su primer deber será aprender á producir para pagar la deuda que desde este momento adquiere como hombre, con los que le sacaron de la infancia y con los que le esperan al borde del sepulcro.

Ahora bien; cuando los talleres sean colectivos y no individuales, sin la avaricia del burgués, que aprovecha su trabajo para suprimir el de los padres y obtener más ganancia, la ciencia reglamentará, si es preciso, y los talleres, como las cátedras de enseñanza, estarán bajo la dirección de hombres doctos y honrados que no molestarán

á los alumnos en cosas tan ruines y mezquinas como las que se les manda en los talleres particulares, que son siempre el atraso del aprendizaje y el disgusto en el oficio, por cuya razón se deja muchas veces sin acabar de aprender.

En este sentido el trabajo de los niños durante su aprendizaje, no debe ser un negocio lucrativo, sino una esperanza futura para la sociedad sin destinarle un jornal, porque éste debe desaparecer, no sólo para los niños, sino también para los hombres.

Pero vuelvo á repetir: ¿puede plantearse este sistema en la sociedad presente, cuando el dinero es el primer factor de la vida? No; los padres esperan que á sus hijos se les dé un jornal, aunque sea pequeño, y hasta habrá quien sienta que los rebajen las horas de trabajo si acaso por esta causa les rebajan el jornal.

No; para que á las mujeres y los niños se les coloque en su verdadero terreno respecto al trabajo, hay que cambiar la sociedad del capital individual por la del colectivo.

VICENTE DAZA.

Obrero zapatero.

EL PROGRESO

¡Oh, infame sociedad! Asesinas al hombre bueno y proteges al malo.
Esa es tu obra:

* *

Estudia tu pasado, examina tu presente y verás cómo levantan la cabeza de sus fosas las víctimas que hiciste.

* *

Antiguamente el hombre se alumbraba con una tea. La necesidad le hizo científico, descubriendo la manera de alumbrarse con aceite vegetal primero, mineral después. Pero no satisfecho con esta luz, estudió más, y sacando y aprovechando los gases del carbón de piedra, tuvo luz más potente y clara. No con ella se dió al sosiego, antes al contrario, estudió con más empeño, dando al poco tiempo con una nueva energía lumínica, con la eléctrica, causa de mil revoluciones científicas.

Si el hombre no hubiese estudiado, aún se iluminaría con una tea. Si al primero se le hubiese dicho que llegaría un día que el aire serviría de luz, ¿lo hubiera creído? No; y sin embargo, porque el hombre actual es un esclavo, no quiere creer en un hombre libre; porque la sociedad actual es injusta, no quiere creer en una sociedad justiciera.

* *

Se nos dijo un día que Dios creó al mundo en seis días y lo creímos. Se nos dijo que de esto hacía cinco mil años y lo creímos también. Pero andando el tiempo dudamos. Supimos que la superficie de la tierra va enfriándose paulatinamente y que una superficie de su volumen y extensión no puede enfriarse en tan poco tiempo. Obras del tiempo vimos también y supimos que necesitaron millones de años para realizarse. Conocemos la evolución de la especie animal y no se dejó de saber que para llegar al hombre se necesitaba cientos de miles de años. Y la obra de Dios se vino abajo y el tiempo de Dios fué un soplo de tiempo de la eterna materia.

VICTORIANO BRIZUELA.

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.